EXTRAVAGANCIAS,

costumbres y gustos singulares de algunos personajes célebres.

(CONTINÚA.)

El poeta inglés Gray se hacia notar por lo exquisito de sus maneras y de su traje, que llevaba hasta la fatuidad.

El físico Desmarets (muerto en 1815) jamás cambió la forma de sus vestidos, y hasta el fin de su vida, su peluca y su traje recordaban las modas del tiempo del cardenal Fleury.

El químico inglés Davy se vestia enteramente de verde para ir á la pesca y de rojo para ir á la caza; pretendia que vestido de esta manera espantaba menos á los peces y á los otros animales.

El infante de España Diego de Borbon, habiendo sido creado cardenal en 1735, á la edad de ocho años, abandonó después el estado eclesiástico, y en su antipatía por el cuello pequeño, no usó jamás ningun vestido cuyo cuello no llegase hasta la mitad del pecho.

Al fin del último siglo, algunos individuos adoptaron el género de alimentacion recomendado por Pitágoras. Citaremos entre otros á Ritson, escritor inglés, que solo se alimentaba con legumbres, y en 1803 publicó un *Ensayo sobre la abstinencia de los alimentos sacados del reino animal como un deber moral del hombre.*

Otro autor inglés, Wakefield (muerto en 1801), se abstenia del vino, así como de los alimentos sacados del reino animal. Lo mismo sucedia respecto del negrófilo y filántropo Antonio Benezet (muerto en 1784).

(Continuará.)

EL CABALLERO

DE BARNEVILLE.

CADA uno *tiene su placer donde lo encuentra*, dice un proverbio, la dificultad no está en tenerlo, sino en encontrarlo. El hombre que ha descubierto un placer y que puede hacer de él un hábito cotidiano, matemáticamente arreglado, tiene infalibles probabilidades de prolongar su vida mas allá de la cifra que cuentan los ancianos mas venerables. Se diria que la muerte tiene un escrúpulo en desarreglar á un hombre tan bien establecido en la vida; y cuyos piés marchan en tan exacta conformidad con las agujas de su reloj. Ese hombre no muere; solo se le olvida despertar una mañana de invierno; sus herederos naturales llegan, lo encuentran dormido, respetan su último sueño y leen en voz baja su testamento.

El caballero de Barneville habia encontrado su placer en una partida que jugaba todas los dias á las doce y que se prolongaba hasta las cinco; este caballero florecia en 1768, y lo hemos conocido en 1840, en el club *des Echecs*, calle de Menars número 1. El gran Labourdonnais, este verdadero canciller del tablero, decia siempre: "¡Barneville no morirá! ¡Cómo diablos quereis que muera! ¿qué pretexto razonable da á la muerte para arrebatarlo? ¿no está obligado á venir mañana á disfrutar aquí el placer que abandona hoy? Si yo pudiera arreglarme así como un cronómetro, apostaria con un inglés á ser inmortal."

En 1768, al toque de las doce, veinte años antes de la revolucion, el jóven caballero de Barneville entraba en el café Procopio y jugaba con Filidoro y con Juan Jacobo Rousseau. Los ingenios de la época formaban galería, y los graves enciclopedistas con la barba apoyada sobre los puños de oro de sus bastones, seguian la marcha de las partes y criticaban el juego de Filidoro, porque los enciclopedistas criticaban todo. Un dia, en presencia de Mr. Saint-Amand, que fué gobernador de las Tullerías en 1848, del general Guingret, entonces comandante de la escuela militar, y Mr. Devinck, hoy presidente del tribunal de comercio de Paris, Labourdonnais entabló una conversacion muy curiosa con el caballero de Barneville.

—Hablemos un poco de la historia antigua, mi querido caballero; ¿cómo jugábais con Filidoro?

—Me daba el caballo y el *peon*.

—¿Yo habria, pues, dado *el peon y dos alfiles* á Filidoro?

—Sin duda.

—Y ¿qué partido hacíais con Juan Jacobo Rousseau?

—Le daba yo una *torre*.

—¿Era muy débil?

—Pero en compensacion, dijo el caballero, tenia un amor propio colosal y el mas espantoso carácter que haya podido existir para jugador de ajedrez. Como tenia la manía de creerse un gran matemático y de componer música con cifras, queria aplicar los cálculos algebraicos al tablero. Le cargábamos por ello y entonces revolvia las piezas del juego con cierta rabia poco filosófica y no se le volvia á ver en el café por espacio de quince dias.

—Y vos, Mr. de Barneville, vos ¿jamás tuvísteis tan largas ausencias?

—¡Oh! ¡me habria guardado de hacerlo! Ya tenia, aunque jóven, mi sistema; habia encontrado un placer y queria hacerlo el hábito de mi vida, bien persuadido que un hábito invariable es un remedio que aleja la muerte.

—¿Y el año de 89 no os trastornó vuestro hábito?

—¡El año de 89! lo he dejado pasar como otro cualquiera. El

14 de julio á las doce menos cuarto, encontré en el portal de los Teatinos unos hombres que iban á tomar la Bastilla; yo me dirigí al café de la Regencia para jugar mi partida con Mr. Louvet de Couvray. Otra vez me encontré compremetido en una carga de dragones de Mr. de Lambese, lo que no me impidió jugar siete partidas, de las doce á las cinco, en la casa de Corazza.

—Y en 93, ¿habeis dado descanso al tablero?

—En 93 jugaba regularmente al ajedrez en el café de los Fulenses, y casi todos los dias tenia en mi galería á Mr. de Robespierre, Mr. Danton, Mr. Barrere que venian á asistir á mis *jaques al tirano*, antes de dirigirse á la convencion. Aun jugué algunas veces con Mr. de Robespierre, que lo hacia muy mal.

—Entonces ¿jamás habeis emigrado?

—¡Emigrar! ¡habria cometido un enorme disparate! ¿qué jacobino hubiera pensado en denunciar al comité de la salud pública á un noble que jugaba al ajedrez cinco horas diarias? Jamás he cambiado mi nombre ni perdido mi título. Mr. de Rosbespierre me llamaba caballero como si hubiésemos vivido antes de la noche del 4 de agosto. Solo una vez dejé la partida un instante; ¡habia razon mayor! Tiraban cañonazos en la plaza de Carrousel. Mr. Duperray, que habia sido secretario de Mirabeau, jugaba conmigo; se levantó y me suplicó que lo esperase un momento. Era hombre muy curioso por saber lo que pasaba afuera. Entró poco después y me dijo: "Se baten suizos con marselleses, lo que no nos concierne." Y continuamos; le gané tres tazas de café.

—Y ¿qué hacíais el 9 thermidor?

—Jugaba en casa de Corazza con un oficial de dragones.

—¿Así, preguntó Labourdonnais, habeis dejado pasar la revolucion sin verla?

—No he tenido tiempo de verla. Por la mañana me ocupaba en mi tocador, al mediodía iba á mi ajedrez. Volvia á mi casa á las seis. Leia *Lolli degli Scachi*, ¡un gran autor! Estudiaba los *gambitos;* meditaba en las combinaciones de *Calabresse*. Todo eso pide mucho tiempo. Un dia se me dijo que teniamos un emperador; era en 1804 ó 5; daba un *jaque al rey* á un capi-

tan de Berchigny. ¡Un emperador! ¡no es posible! exclamó el húsar; y al momento fué jaque mate.

Este mismo caballero de Barneville es el que veiamos en estos últimos años en nuestro club des Echecs, calle de Menars núm. 1. Nada habia tan rozagante y tan fresco como el rostro de este anciano, cuya edad fabulosa guardaba su misterio y cuya fe de bautismo habia sido felizmente quemada en un carton de estado civil. Al toque de las doce entraba al club con la exactitud de un fiel de Breguet. Mr. Sasias lo esperaba. Una sonrisa inefable brillaba en las mejillas infantiles del anciano; sus dedos temblaban de placer al disponer los *peones* y las *piezas*, su vida eléctrica reanimaba su cuerpo y levantaba su cabeza, sobre la que habian pasado cincuenta años de tempestades. Cada minuto se aumentaban los concurrentes del salon, y todos miraban con enternecimiento á este contemporáneo de Filidoro, á ese vencedor de Juan Jacobo Rousseau y de Robespierre, á este Mathusalen de tablero, siempre jóven, siempre dispuesto, siempre alerta en la batalla de los soldados de marfil, siempre pronto al ataque y á la defensa, siempre encontrando sus fuerzas de la víspera para el combate del dia siguiente. Se habria dicho que la muerte al pasar por la calle de Menars, mirando las vidrieras del club decia: "¡Verdaderamente seria muy cruel arrebatar á este hombre tan feliz con su placer cotidiano! ¡vamos á herir á otros!"

Un dia dió las doce el reloj del club y el caballero de Barneville no pareció.

—Debe haber muerto, dijo Mr. de Sasias.

—¡Imposible! respondió Labourdonnais; se le ha olvidado despertar.

De Barneville ya no despertó; pero no habia muerto, y todo el club, asistiendo á sus funerales, estaba persuadido que Mr. Labourdonnais tenia razon.

MERY.

DELIRIO.

SI el hombre pudiera retratar su interior, ¡triste humanidad! ¡cuántas sonrisas preñadas de lágrimas aparecerian en los rostros!.... Heráclito se quejó poco, sus lágrimas fueron nada comparadas con las que mi corazon ha derramado desde que es jóven. La juventud ha sido para mí un suplicio peor que el de las víctimas de la inquisicion. Un fuego lento consumia sus miembros, pero destruia la cárcel del alma, que libre se dirige al paraíso. ¡Ay! para mí creo que mi alma es la que se está destruyendo y el cuerpo solo vegeta.... ¡Locura inmensa! ¡estravagancia horrible! ¡mentira sin igual! Sí, ¡mentira! Mi alma vive y quiere vivir mas, siempre dominando; quiere ser grande á pesar de la opresion; y al través de la cárcel ve mas de lo que le permiten! ¡vuela con sus espirituosas alas no obstante su prision! ¡vuela y se remonta mas que el águila, llega á regiones donde el sol es pequeño, la tierra una partícula y el espíritu inmenso! Allí oye, ve y siente el sublime placer que jamás comprenderá el mundo. Allí Mozart con sus lúgubres sonidos, Betowen con su sentida resurreccion, Bellini con su nueva sensibilidad, Rossini con su melodía, Tasso con su locura, Espronceda con su hiel, Larra con su explosion, me hacen oir, ver y sentir la vida sin vivir, el mundo sin sus cuerpos, el placer sin pesar, el amor sin engaños!.....